

tes y molestias de la carne, de su negligencia y somnolencia, sino de todo tiempo, aunque el odio deba incrementarse más a una hora que a otra, según las disposiciones que sienta en sí. Si se siente que el ardor de los sentidos decrece y disminuye, no debe dejarlo, sino tenga cuidado en el tiempo de la paz, porque no se puede confiar sino en el poder de la verdadera y profunda humildad. Que el odio y la humildad se levanten contra los sentidos antes que éstos contra ella, porque, si no se obrase de este modo, se despertaría la propia pasión que parecía dormir y, creyéndola muerta, sería peor que antes. Ella no muere mientras vivimos, sino que duerme más o menos profundamente según el odio (al pecado) y el amor a la virtud. El odio la castiga y la virtud la adormece. ¿Cuál es la causa de esto? La luz. Si no hubiese visto conocido su fragilidad, no la perseguiría con odio; pero, como conoció que la pasión es vil, la aborrece y contra ella combate de continuo. Por eso, viendo que no deja de atacar, no quiere ni debe querer que la guerra cese, ni hacer la paz con ella.

Este es el principio y el fundamento real por el que el hombre llega a toda virtud y por el que todas sus obras son perfectas, sean las que quieran, espirituales o temporales. Son temporales en cuanto es temporal el afecto y no más. El hombre es constante y perseverante y no se conmueve por ningún viento fuerte, fuerte. Tanto le pesa la mano izquierda como la derecha, o sea, la tribulación como el consuelo. Si es seglar, es bueno en su estado; si prelado, es bueno y verdadero pastor; si clérigo, es flor fragante en la santa Iglesia, exhala perfume de virtud, da honor y gloria a Dios y el trabajo al prójimo, ofreciendo frutos de humilde y continua oración, distribuyendo generosamente las gracias que Dios le ha dado para que las administre. Los bienes temporales, que recibe por la sangre de Cristo crucificado, los gasta no pecadoramente ni con vanidad, ni en sus parientes, sino en conformidad con sus necesidades con verdadera conciencia. Si lo hiciera de otra manera, se hallaría en gravísimo pecado.

Nunca se escandaliza ni hace la guerra al prójimo; sí

al pecado, pero no a la persona del prójimo, antes bien, le ama como a sí mismo, buscando tiernamente su salvación. Como ha hecho la guerra a los propios sentidos, por eso no se la puede hacer ni se la hace a Dios, ya que toda ofensa a Dios y al prójimo viene de que no se odia a sí mismo y se ama con amor sensitivo. Por la misma razón no persevera en cosa buena comenzada, pues, como se ha dicho, la perseverancia nace del odio y del amor y éstos se adquieren por la luz de la fe. Esta es la pupila del entendimiento ejercitado con voluntad libre, que de veras quiere conocerse y reconocer la bondad de Dios obrando en él y que acepta que toda gracia proviene de su Creador y sus faltas y pecados de los propios sentidos.

No tenemos otro camino. Por eso os dije que deseaba veros constante y pervereante en la virtud, considerando que no se la puede poseer sino del modo dicho. Por eso os pido, por amor a Cristo crucificado, que ahora, mientras tenemos tiempo, tiempo de vigilia y meditación para poder conocer con fruto y mérito (pasado este tiempo sabéis que no es así) que no sigais durmiendo sino que veáis continuamente y no sólo con vigilia corporal sino intelectual, a la que ha de seguir la continua oración, es decir, el ardoroso deseo y amor de las almas por su Creador, orando por la honra de Dios y la salvación de las almas. Baños en la sangre de Cristo crucificado. Muera todo placer y parecer humano a fin de que, muerta toda voluntad propia, corrais por el camino de la verdad. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION A LA GRATITUD, A LA OBEDIENCIA Y A LA ORACION

A los novicios del convento de Monteoliveto, en Perusa.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver que agradeceis y reconocéis los beneficios de vuestro Creador a fin de que por la ingratitud no se seque en vosotros la fuente de la piedad sino que se alimente la gratitud.

Tened en cuenta, sin embargo, que el agradecimiento de sola palabras no es el apropiado, sino el de las buenas y santas obras. ¿En qué lo mostrareis? En la observancia de los mandamientos. Además de éstos, observareis los consejos espiritual y temporalmente. Habeis elegido el camino perfecto de los consejos y por eso debeis guardarlos hasta la muerte. De otro modo ofenderéis a Dios. El alma agradecida los observa.

Sabed que en vuestra profesión prometisteis observar obediencia, continencia y pobreza voluntaria. Si no lo haceis, secareis en vosotros la fuente de la piedad. Gran vergüenza es para el religioso desear lo que ya ha despreciado. No sólo no debe desear ni poseer los bienes temporales sino que debe arrancar de su memoria hasta el recuerdo del mundo, de las riquezas, de sus deleites y llenarla del pobre, humilde e inmaculado Cordero y vivir caritativamente con caridad fraterna.

Así quiere la caridad hacer el bien a su prójimo. Cuando el alma mira y ve que no puede hacer bien a Dios, porque El no tiene necesidad de nosotros, queriéndole mostrar que de veras reconoce las gracias recibidas y los dones que de El recibe, lo manifiesta en la criatura racional y se afana por demostrar su agradecimiento en todo.

Por eso todas las virtudes son practicadas por gratitud, o sea, por el amor que el alma tiene a su Creador se hace agradecida, puesto que ha conocido que los dones que ha recibido y recibe son de El. ¿Qué la hace paciente para sufrir injurias, tormentos, improperios y villanías de los hombres y tentaciones y combates de los demonios? La gratitud. ¿Quién la hace sofocar la propia voluntad, someterla a la obediencia y observar ésta hasta la muerte?. La misma gratitud. ¿Quién la hace guardar el tercer voto, el de la continencia? La gratitud; porque para observarla mortifica su cuerpo con la vigilia, el ayuno y con la humilde, fiel y continua oración. Con la obediencia mata a la voluntad propia para que, mortificado el cuerpo y muerta la voluntad, la pueda guardar y por ella mostrar el agradecimiento.

De modo que las virtudes son un signo demostrativo de que el alma no ignora haber sido creada a imagen y semejanza de Dios, ni la nueva creación llevada a cabo por la sangre del dulce, humilde, torturado y amoroso Cordero, creándola de nuevo para la gracia, la que había perdido por el pecado. Reconoce, pues, con gratitud las gracias espirituales recibidas, espirituales y temporales, en común y en particular, como venidas de su Creador.

Entonces, con sufrimientos hasta la muerte, crece un fuego en el alma, un deseo santísimo que se alimenta buscando la honra de Dios y la salvación de las almas. Si fuera ingrata, no sólo se deleitaría en sufrir por la honra de Dios y la salvación de las almas, sino que una paja que se le revolviese se le haría insoportable. Querría su honra, alimentándose de la comida de la muerte, es decir, del amor propio, a sí mismo. Este engendra la ingratitud privando al alma de la gracia.

Por lo cual, considerando yo lo peligrosa que es esta comida que nos da la muerte, dije que deseaba veros agradecidos, reconociendo tantos dones como habeis recibido de nuestro Creador, y principalmente la inconmensurable de haberos sacado de las miserias del mundo y colocado en el jardín de la Orden para ser ángeles terres-

tres en esta vida. Es esta una gracia por la que Dios os pide que deis una señal de gratitud por medio de la obediencia. Porque el religioso que demuestra conocer su estado es tan agradecido como obediente y, por el contrario, el desobediente demuestra su ingratitud. El verdadero obediente tiene gran cuidado en poner toda su solicitud en las observancias de la Orden, las costumbres, cualquier ceremonia y cumplir la voluntad de su prelado con alegría. No quiere enjuiciar ni indagar su intención ni decir: «¿por qué me impone a mí peso mayor que aquél?». Obedece sencillamente, con paz y sosiego de espíritu. Esto ya no le resulta una hazaña porque ha arrojado de sí la voluntad propia que le daba guerra. No obra así el desobediente que como única finalidad tiene la voluntad propia y usa todos los medios que puede para conseguir lo que desea. Se hace inobservante, transgresor en la Orden, juez de la voluntad de su prelado. Ese tal gusta las arras del infierno, se halla siempre en amargura y es muy propicio a caer en todo mal. No es constante ni perseverante sino que vuelve la cabeza a mirar al arado. Busca las reuniones y huye de la soledad; busca la paz de su voluntad, que le da la muerte, y huye de lo que da vida, a saber de la paz de su voluntad, que le da la muerte, y huye de lo que da vida, o sea, de la paz de la conciencia, así como de la permanencia en la celda y del deleite del coro. Este le parece una serpiente venenosa o comida que le va a matar. Vive con tanto tedio y sufrimiento porque la soberbia, la desobediencia y la ingratitud han llenado su estómago y echado a perder el paladar de su alma. Por el contrario, el obediente hace del coro un jardín, del oficio (divino) dulces y suaves frutos y de la celda un cielo. Se deleita en la soledad como medio de acercarse a su Creador y no coloca intermediario entre ambos; del corazón hace un templo de Dios. Examina a la luz de la fe dónde encontrará mejor esta virtud y el medio de progresar cuando la ha encontrado. Buscando, la descubre en el humilde, dulce Cordero, degollado y aniquilado por amor. El, por obedecer al Padre y por nuestra salvación,

corrió a la afrentosa muerte de cruz con tanta paciencia que su queja no fue entendida como protesta. Avergüencense y queden confundidos en su soberbia todos los desobedientes considerando la obediencia del Hijo de Dios.

Una vez encontrada, ¿con qué se adquiere la obediencia? Con la oración, que es madre que concibe y alumbra la virtud en el alma. Porque cuanto más nos acercamos a Dios más participamos de su bondad y sentimos el perfume de las virtudes. Sólo El es Maestro de virtudes y de El las recibimos. La oración nos une con el sumo Bien. Por tanto, por este medio adquiriremos la virtud de la verdadera obediencia. Ella nos hace fuertes y perseverantes en la Orden, de modo que por nada volvamos la cabeza atrás. Nos da la luz para conocernos y conocer el afecto de la caridad de Dios y los engaños del demonio. Nos hace tan humildes que por la humildad nos hacemos siervos de los siervos. Pone su corazón en las manos de su superior y, si en el pasado o en el presente el demonio hubiera ensombrecido su conciencia a causa de las tentaciones, y hasta hubiera caído en pecado mortal, acude a un médico cuantas veces caiga; recoge pacientemente la medicina y corrección espiritual que el médico le da, creyendo con fe viva que Dios le dará tanta luz como precise para su salvación. Así debe hacer para atajar el camino al demonio, que no querría sino poner la vergüenza ante nuestros ojos y que en nuestra alma guardásemos los pecados y pensamientos y que no los manifestásemos. Esta madre, la oración, nos quita esta timidez, como se ha dicho. Nos da tanta dulzura que la lengua no lo podría explicar. Debemos, por tanto, ejercitarnos en ella con solicitud, descansar en su pecho y no abandonarla nunca. Si algunas veces el demonio, estando en la oración diciendo el oficio (divino) oscureciese nuestro espíritu con una nube de diversos y feos pensamientos, no por ello debemos dejar la oración sino perseverar en ella, con el pensamiento arrojar el mal pensamiento y guardar la buena y santa voluntad para no caer en él. Obrando así nunca llegará a la turbación sino que tendrá esperanza en Dios y

sufrirá con paciencia los trabajos del espíritu. Dirá humi-llándose: «Señor mío, reconozco que no soy digno de la paz y la quietud del espíritu como los demás servidores tuyos». Entonces Dios, que mira a la perseverancia y humildad de sus servidores, da a esa alma el don de la fortaleza, infunde en ella la luz de la verdad y le aumenta el deseo de la virtud junto con la alegría de corazón, ardor de caridad para con Dios y con su prójimo, de modo que le parece que se derrite todo (él). Tantas son las gracias y dones que se reciben de Dios por la oración, que nuestra lengua no sería capaz de contarlas. Ella ha de ser humilde, fiel y continua, o sea, con deseo continuado y santo y con él hay que realizar todas las actividades materiales y espirituales. Actuando así, habrá oración continua porque el verdadero y santo deseo ora ante Dios. Ella hará que os deleiteis en los trabajos y abraceis al envilecimiento; os complacerá la mortificación ordenada por vuestro superior.

No me extiende más en esta materia, pues habría mucho que decir. Os pido, sin embargo, que os embriagueis en la sangre de Cristo crucificado, donde encontrareis el ardor de la obediencia. Atraed esa sangre a vosotros con el anzuelo de la oración a fin de demostrar que sois agradecidos a Dios como lo exige la gracia que habeis recibido. Si no lo haceis, lo que os ha dado vida, os volverá a la muerte. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LAS PENITENCIAS CORPORALES SON UN MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION

*A Sor Daniela de Orbieta, del hábito
de Santo Domingo*

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hermana e hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver en ti la virtud de la discreción, que es necesaria si queremos nuestra salvación. ¿Por qué es tan necesaria? Porque nace del conocimiento de nosotros mismos y del de Dios. Aquí tiene sus raíces. Ella es, en verdad, un hijo alumbrado por la caridad, pues la discreción es la luz y conocimiento que tiene el alma de sí y de Dios, como se ha dicho. Lo principal es que, habiendo visto con la luz de la discreción a quién se es deudor y lo que se debe, inmediatamente lo devuelva con perfecta discreción. Por eso da a Dios la gloria y alabanza de su nombre y todas las cosas que el alma realiza las hace a esta luz, esto es, todas tienen esta finalidad. Devuelve a Dios el honor debido. No obra como el ladrón que se lo quiere atribuir a sí mismo y busca la propia honra y el placer, sin preocuparse de injurias a Dios ni de perjudicar al prójimo. Como la raíz del afecto del alma está corrompida por la indiscreción, igualmente lo están todas las obras en sí y en los demás. Digo en los demás, seglares, espirituales, o de cualquier estado. Les impone cargas y les manda sin tino. Si amonesta o aconseja, lo hace sin tacto y quiere cargar a todos con lo mismo que él carga. El alma discreta hace lo contrario, pues ve con clarividencia su necesidad y la de los demás. Por lo cual, una vez que ha dado a Dios el debido honor, se da lo suyo a sí misma, es decir, el odio al vicio

y a los propios sentidos. ¿Cuál es la causa? El amor a la virtud, amándola en sí misma. Con la misma luz que se da a sí lo que se debe, se lo da a su prójimo. Por eso dije: *en sí y en los otros*. Amando la virtud y odiando el vicio da al prójimo la benevolencia a que está obligado. Lo ama como a criatura creada por el sumo y eterno Padre. Le da la dilección de la caridad, más o menos, según él mismo la posea. Este es el principal efecto de la discreción en el alma. Con la luz ha visto la deuda que debe pagar y a quién.

Estas son las tres ramas del retoño de la discreción que nace del árbol de la caridad. Ellas producen infinitos y variados frutos, todos suaves y de grandísima dulzura, que alimentan al alma en la vida de la gracia cuando los recoge con la mano del libre albedrío y con la boca del ardiente deseo. En cualquier estado en que la persona se encuentre, gusta estos frutos si tiene la luz de la discreción: de modos diversos, según su estado. Si el que se encuentra en el mundo, y tiene esta luz, toma el fruto de la obediencia a los mandamientos de Dios y el descontento del mundo, lo abandona espiritualmente, aunque en el momento goce de él. Si tiene hijos, toma el fruto del temor de Dios y los alimenta con él. Si es señor, recoge el fruto de la justicia, porque por la discreción quiere dar a cada uno lo que debe, por lo cual, con el rigor de la justicia, castiga al malo y premia al bueno, gustando el fruto de la razón, pues no se aparta de este camino por halagos ni por temor servil. Si es súbdito, se apropia del fruto de la obediencia y reverencia a su señor, evitando las causas y modos de ofenderle (si no las hubiese visto con esta luz, no las habría esquivado); si son religiosos o prelados, sacan de aquí el fruto dulce y agradable de ser observantes en la Orden, llevando y soportando los defectos de los demás, abrazando humillaciones y desplantes, poniendo en sus hombros el yugo de la obediencia. El prelado toma el hambre de la honra de Dios y de la salvación de las almas, echando a sus súbditos el anzuelo de la doctrina y de su vida ejemplar. ¡De qué modos tan distintos y diver-

sos se recogen estos frutos! Sería demasiado largo narrarlos. Con la lengua no se podrían explicar.

Pero, veamos, carísima hija (hablemos ahora en concreto; haciéndolo así se habrá hablado en general) de las normas que da al alma esta virtud de la discreción. Creo que a las personas que quieren vivir espiritualmente se les da espirituales y temporales, aunque las regula y ordena en cada persona según su estado. Pero hablemos ahora para nosotras. La primera es la que hemos dicho: dar honra a Dios, benevolencia al prójimo, y a sí misma odio al vicio y a los propios sentidos. Esto ordena la caridad con el prójimo, pues por él no quiere exponer su alma, es decir, que por serle de utilidad no quiere ofender a Dios sino que, con lucidez, huye del pecado y prepara su cuerpo para todo sufrimiento y tormento y para la muerte, a fin de arrebatarse su alma, y cuantas pueda, de las manos del demonio. Se dispone a perder los bienes temporales por socorrer y salvar el cuerpo del prójimo. Esto lo hace la caridad con la luz de la discreción porque la ha ordenado con tacto en la caridad con el prójimo. El indiscreto hace lo contrario, pues, como sucede a diario, no se preocupa de si ofende a Dios, ni de perder su alma por servir y agradar al prójimo indiscretamente, o acompañándole a lugares pecaminosos, o con falsos testimonios o de otros modos. Esta es la norma de la indiscreción, la cual procede de la soberbia y del pervertido amor propio, amor a sí, lo mismo que de la ceguera, por no haberse conocido a sí misma.

Una vez ordenada en la caridad con el prójimo, le proporciona el afecto a la virtud para que no se apegue a cosa de que pudiera recibir algún engaño. La caridad la regula en aquello que la conserva y acrecienta esa misma caridad por medio de la humilde, fiel y continua oración, poniéndole el manto del afecto de las virtudes para que no sea ofendida por la tibieza, negligencia o por el amor propio espiritual o corporal.

Ordena y regula también corporalmente a la criatura de este modo: el alma que se propone amar a Dios esta-

blece su principio como hemos dicho; pero como tiene el vaso de su cuerpo, es necesario que esta luz lo regule al modo que lo ha hecho con el alma, por ser instrumento que le debe seguir para aumentar la virtud. La regla es la que aparta de los deleites, delicadezas y trato con el mundo. Le proporciona el trato con los servidores de Dios; la aparta de los lugares disolutos y la mantiene en los que fomentan la devoción. A todos los miembros del cuerpo da «órdenes para que sean modestos y temperados, que el ojo no mire a donde no debe sino que ponga ante sí la tierra y el cielo; que la lengua huya de la charla ociosa y vana y esté ordenada a anunciar la palabra de Dios en bien del prójimo y a confesar sus pecados; que el oído huya de las palabras agradables lisonjeras, disolutas y de crítica que se dijeren, y que atienda a escuchar la palabra de Dios y las necesidades del prójimo, es decir, que de buena gana escuchará su necesidad. Todo lo regula: la mano en el tacto y obras, y los pies en su caminar. Para que la perversa inclinación de la carne al luchar contra el espíritu no consiga desordenar estos medios, da normas al cuerpo, macerándolo con la vigilia, al ayuno y otras prácticas, orientadas todas a refrenarlo.

Pero mira; todo esto no lo hace sin tino, sino a la luz de la discreción. ¿En qué lo manifiesta? En esto: que ella no pone como afecto principal suyo acto alguno de penitencia. Para que no caiga en él, la luz de la discreción se cuida de cubrir el alma con el afecto a la virtud. Debe usar la penitencia como instrumento en los tiempos y lugares designados, según se precise. Si el cuerpo, por su excesiva lozanía, recalcitrase contra el espíritu, toma la vara de la disciplina, del ayuno, del cilicio, con muchas ramificaciones y grandes vigiliass, y le pone buena carga para que quede rendido. Sin embargo, si el cuerpo es débil, enfermo, la ley de la discreción no permite que obre del mismo modo, antes bien no sólo debe abandonar el ayuno sino comer carne, y, si no le es suficiente una vez al día, tome cuatro. Si no puede permanecer en tierra, que esté en la cama; si no puede de rodillas, que se siente y

descanse, si de ello tiene necesidad. Esto pide la discreción. Por eso se exige que se tome como instrumento y no como fin principal.

¿Sabes por qué? Para que el alma sirva a Dios con lo que no pueda serle quitado y tenga fin, sino con algo infinito, a saber, con el santo deseo, el cual es infinito por la unión que ha hecho el alma con el deseo infinito de Dios y con las virtudes, las que ni el demonio ni criatura alguna nos puede quitar, si no queremos. Con la enfermedad se prueba la virtud de la paciencia; en los combates y molestias de las criaturas se demuestra la fortaleza y larga perseverancia; en la contradicción de parte de las criaturas se certifica la humildad, la paciencia y la caridad. Dios permite que todas las virtudes sean probadas con muchas contradicciones, pero éstas nunca nos privan de las virtudes, si no queremos. En ellas debemos poner nuestro fundamento y no en la penitencia. El alma no puede poner dos cimientos: uno u otro ha de ir por tierra. Al que no es principal, que lo use como instrumento. Si yo pongo el mío en la penitencia corporal, edifico la ciudad del alma sobre arena y cualquier vientecillo la derribará. Ningún edificio debe ponerse sobre ella. Pero si edifico sobre las virtudes, entonces está fundado sobre la roca viva, Cristo, el dulce Jesús, y así no hay edificio grande que no esté bien cimentado ni viento contrario que lo tire.

Por estos y otros muchos inconvenientes que sobrevienen, no he querido que se use la penitencia sino como instrumento. He visto ya muchos penitentes que no han sido pacientes ni obedientes por haberse preocupado de matar al cuerpo, pero no a la voluntad. Esto es propio de la indiscreción. ¿Sabes qué se deriva de ello? Todo su consuelo y afecto está puesto en la penitencia según su voluntad y no según la de los demás. Con ello fomentan su propia voluntad. Mientras la hacen, tienen consuelo y alegría y les parece estar llenos de Dios, como si hubieran cumplido con todo, y no se dan cuenta de que caen en la presunción y en la condenación. Imprudentemente quie-

ren aplicar a todos los cuerpos la misma medida, o sea, la que emplean consigo mismos. Quien los quiera apartar de esto para quebrantar su voluntad o porque tuvieren necesidad, se encuentra con una voluntad (propia) más dura que el diamante. Viven de modo que en el tiempo de la prueba, en una tentación, o injuria, se encuentran más flojos que la paja, a causa de esta pervertida voluntad.

La indiscreción les enseñaba que la penitencia refrena la ira y demás inclinaciones viciosas que aparecen en el corazón, y no es así. Esta gloriosa Luz (la discreción) te enseña que con el odio y el aborrecimiento a ti mismo, llenando al pecado de improperios, por la consideración de que Dios está quejoso y de que tú eres el que le ofendes, con el recuerdo de la muerte y el afecto a las virtudes, darás muerte al pecado en el alma y le sacarás las raíces. La penitencia taja y tú te encuentras siempre con que la raíz está dispuesta a retoñar: las virtudes, sin embargo desenraizan. La tierra en que se hallan plantados los vicios es siempre apta para recibirlos si interviene la voluntad propia junto con el libre albedrío; no en el caso contrario, porque la raíz ha sido arrancada.

Puede ocurrir que uno, forzosamente, por estar enfermo, tenga que abandonar sus prácticas. Bien pronto le llega el tedio y la turbación espiritual. Privado de toda alegría, le parece estar condenado y frustrado, y no encuentra en la oración la dulzura que creía poseer en el tiempo de sus penitencia. ¿Adónde se ha ido? A la propia voluntad en que estaba fundada. No puede actuar y por ello sufre y se entristece. ¿Por qué ha llegado a tal turbación y casi desesperación? ¿Dónde está la esperanza en el reino de Dios que tenía? Ha desaparecido con la penitencia, por la que confiaba obtener la vida eterna. Al no tenerla ya, cree hallarse privado de ese reino.

Estos son los frutos de la indiscreción. Si poseyese la luz de la discreción vería que lo que hace que perdamos a Dios es sólo la privación de la virtud y que por ella, mediando la sangre de Cristo, se tiene la vida eterna. Por

tanto, levantémonos de toda imperfección y, como queda dicho, pongamos nuestro afecto en la verdadera virtud. Ella proporciona tal deleite y alegría que la lengua no lo podría explicar. Nada hay que pueda hacer sufrir al alma fundada en la virtud ni que le quite la confianza en el cielo, porque en sí misma ha dado muerte a la voluntad propia tanto en lo espiritual como en lo temporal y, como no tiene su afecto puesto en la penitencia ni en los propios consuelos o revelaciones sino en sufrir por Cristo crucificado y por amor a la virtud, por eso la discreción es paciente, fiel, confiada en Dios y no en sus obras propias. Es humilde y obediente para creer a los demás antes que a sí misma. Se extiende sobre los brazos de la misericordia y con ella expulsa de su mente la confusión.

En las tinieblas y combates saca la luz de la fe, ejercitándose valientemente con verdadera y profunda humildad. En la alegría se repliega sobre sí misma para que el corazón no caiga en una alegría vana. Es fuerte y perseverante porque en ella ha dado muerte a la voluntad propia que la hacía débil e inconstante. Cualquier tiempo y lugar son para ella oportunos. Si es tiempo de penitencia, para ella es tiempo de alegría y consuelo porque la emplea como instrumento; si por necesidad o por obediencia tiene que dejarla, goza porque el principal fundamento suyo son las virtudes, y no le pueden ser ni le son quitadas por estar anegada con la voluntad propia, pues con la luz de la discreción ha visto que siempre es necesario oponerse a ella con gran diligencia y cuidado.

Descubre la oración en todo lugar, porque lleva siempre consigo el lugar donde Dios habita por gracia, a saber, la casa de nuestra alma, donde sin interrupción ora el santo deseo. Este, con la luz del entendimiento se levanta a mirarse en sí y en el fuego de la caridad divina que descubre en la sangre derramada a causa de la libertad de amor que ve en el vaso del alma. Esto intenta o debe intentar conocer para que en ella se embriague, arda y se consuma la voluntad propia, y no sólo en cumplir con el número de padrenuestros. De este modo haremos oración

continua y fiel, pues en el fuego de su caridad conocemos que es poderoso para darnos lo que pedimos, suma sabiduría que sabe discernir lo que necesitamos, y clementísimo y que es Padre compasivo que nos quiere dar más de lo que deseamos o podemos pedir para nuestro provecho. La oración es humilde porque reconoce en sí sus defectos, y que no existe por sí misma. Por ella alcanzamos la virtud y conservamos el afecto a ella.

¿Cuál es el principio de tanto bien? La discreción, hija de la caridad, como se ha dicho. De ese bien que posee ofrece a su prójimo. El fundamento que ha establecido y la doctrina que ha recibido la quiere ofrecer, la ofrece y la pone como ejemplo de vida y doctrina, es decir, aconsejando cuando lo ve necesario, o cuando se le pide consejo. Ella conforta y no humilla al alma del prójimo induciéndola a la desesperación cuando hubiere caído en algún pecado. Caritativamente padece con ella la enfermedad, dándole el remedio posible y extendiendo en ella la confianza en la sangre de Cristo crucificado.

Estos y muchos otros frutos proporciona al prójimo la virtud de la discreción. Puesto que es tan útil y necesaria, carísima y amadísima hija en Cristo, el dulce Jesús, te invito y me invito a mí misma a hacer lo que en el pasado reconozco no haber hecho con la perfección debida. Pero tú, como persona que has querido enterrar la juventud de tu cuerpo para que el alma no sea rebelde, has tomado un camino que parece haberse salido completamente del orden de la prudencia, a la vez que la indiscreción parece que quiere hacerte probar sus frutos y que viva en esto tu propia voluntad. Dejando lo que solías hacer, aparece que el demonio quiere hacerte creer que estás condenada. Me desagrada mucho y creo que es una gran ofensa a Dios. Por eso quiero y te ruego que nuestro principio y fundamento se ponga en las virtudes con verdadera discreción. Da muerte a tu voluntad; atente al parecer de los otros más que al tuyo. Si sientes el cuerpo débil y enfermo, toma cada día el alimento necesario y restaura la naturaleza. Si la enfermedad y debilidad desaparecen, em-

prende una vida ordenada, con medida y no sin ella. No quieras que el pequeño bien de la penitencia impida al mayor. De ese pequeño bien no hagas tu afecto principal pues te engañarías. Quiero que por el camino real, trazado por la virtud, corramos de veras y que llevemos a otros por él, despedazando y quebrantando nuestra voluntad. Si poseemos en nosotros la virtud de la discreción, lo haremos; de otro modo, no.

Por eso dije que deseaba ver en ti la santa virtud de la discreción. No digo más. Permanece en el santo y dulce amor a Dios. Perdóname si te he hablado con demasiada audacia. El amor a tu salvación, en razón del honor a Dios, ha sido la causa. Jesús dulce, Jesús amor.

ORACIONES POR LA CRISTIANDAD

A Catalina del Hospitalito

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimas hijas en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundadas en la verdadera paciencia y profunda humildad a fin de que podais imitar al dulce e inmaculado Cordero, porque de otro modo no podéis hacerlo. Hijas mías, este es el tiempo de demostrar que tenemos virtud y si sois hijas o no. Debemos sufrir con paciencia las persecuciones, detrazaciones, infamias y murmuraciones de las criaturas con verdadera humildad, sin alboroto, impaciencia y sin levantar la cabeza con soberbia contra una persona. Bien sabéis que esta es la doctrina dada sobre esto, es decir, que es necesario que en la cruz tomemos el alimento del honor a Dios y de la salvación de las almas con verdadera

y santa paciencia. ¡Ay, dulcísimas hijas! Os invito de parte de la primera y dulce Verdad a despertar del sueño de la negligencia y de nuestro amor propio. Ofreced humildes y continuas oraciones, con mucha vigilia y conocimiento de vosotras mismas porque el mundo parece por la multitud de grandes iniquidades y faltas de reverencia a la dulce esposa de Cristo. Demos, pues, la honra a Dios, y al prójimo el esfuerzo. ¡Ay! No queráis que vosotras ni las otras siervas de Dios terminemos nuestra vida sino en llanto y suspiros, porque de otra manera no se puede aplacar la ira divina que manifiestamente se ve venir sobre nosotros.

¡Desventurada de mí! Hijas mías: creo que por mi grande ingratitud y por otros pecados cometidos contra mi Creador, yo, miserable, soy la causa de tanto mal. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué es Dios, que es ofendido por las criaturas? Es suma y eterna Bondad, el que por su caridad creó al hombre a su imagen y semejanza y después del pecado lo volvió a crear para la gracia por la sangre del inmaculado y amoroso Cordero, su unigénito Hijo. ¿Y quién es el hombre, mercenario ignorante que ofende a su Creador? Somos los que no existimos por nosotros mismos sino por estar creados por Dios. Por nosotros mismos estamos llenos de todo género de miseria. No aparece sino que con desprecio se busca el modo de ofender a Dios y una criatura a la otra. Con nuestros ojos miserables vemos perseguir a la sangre en la santa Iglesia de Dios, la que nos ha dado la vida. Quiébrese nuestros corazones por el angustiado y penoso deseo. No siga más la vida en el cuerpo, sino la muerte antes que tanto vituperio a Dios. Yo muero viviendo. Pido la muerte a mi Creador y no la puedo tener. Preferiría morir a vivir antes que ver tanta ruina como ha sobrevenido y ha de venir al pueblo cristiano.

Usemos el arma de la oración, porque no encuentro otro medio. Ha llegado el tiempo de la persecución a los servidores de Dios. Estos deben refugiarse en lo recóndito del conocimiento de sí mismos y de Dios, clamando mi-

sericordia por los méritos de la sangre de su Hijo. No quiero decir más, pues, si siguiese, según mi voluntad, hijas mías, no concluiría hasta que Dios me sacara de este mundo.

Andrea, a ti te digo: el que comienza nunca recibe la corona de la gloria sino el que persevera hasta la muerte. ¡Oh hija mía! Has comenzado a poner mano al arado de la virtud apartándote del vómito del pecado mortal. Tienes que perseverar para recibir el fruto del trabajo que lleva el alma, queriendo enfrenar su juventud para que no corra a ser miembro del demonio. ¡Ay, hija mía! ¿No piensas que eras miembro del demonio cuando dormías en la podredumbre de la inmundicia y Dios, por su misericordia, sacó a tu alma y a tu cuerpo de tanta miseria en que se hallaba? No debes ser ingrata ni desconocerlo porque sería nocivo para ti y el demonio volvería con siete compañeros más fuertes que antes. Si eres agradecida y reconoces las obras de la gracia que has recibido, serás fuerte contra los combates del demonio, del mundo y de tu carne que te tienta, y perseverarás en la virtud. Arrímate, hija mía, al árbol de la cruz por la abstinencia corporal, la vigilia y la oración si quieres vencer tantas tentaciones. Báñate en la sangre de Cristo crucificado. Por eso te ruego que en adelante no seas niña, y que quieras por esposo a Cristo que te ha rescatado con su sangre. Si, a pesar de todo, quisieras el mundo, habrás de esperar hasta que se pueda hallar la manera de dártelo (el matrimonio), que sea para honra de Dios y bien tuyo. Sé sumisa y obediente hasta la muerte y no te apartes de la voluntad de Catalina y de Juana, pues sé que ellas no te aconsejarán ni dirán cosa sino para la honra de Dios y la salvación del alma y del cuerpo. Si no lo haces me darás grandísimo disgusto y para ti será de poco provecho. Confío en la bondad de Dios que obrarás de manera que sea para su honor y provecho tuyo; y a mí me darás gran consuelo.

A vosotras, Catalina y Juana, os digo que por el honor de Dios y de vuestra salvación os esforcéis hasta la muer-

te. Dulces hijas: este es el tiempo de los trabajos. Ellos deben sernos consuelo por Cristo crucificado. No digo más. Permanecen en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LA REFORMA DE UN MONASTERIO

A ciertos monasterios de Bolonia

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimas hermanas en Cristo el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con deseo de veros fundadas en la verdadera y perfecta caridad. Ella es la vestidura nupcial que debe vestir el alma invitada a las bodas de la vida perdurable, porque sin ella seremos arrojados de la vida eterna. Cristo bendito nos ha invitado a todos y a todos nos ha dado la vestidura de la gracia, la cual recibimos por el bautismo. Esto es, a la vez quitar y dar, porque en el bautismo se nos borra la mancha del pecado original y se nos da la gracia. Si un niño muere en su pureza, tiene la vida eterna en virtud de la preciosa sangre de Cristo crucificado, la cual da valor al bautismo. Si la criatura racional vive, llegado el tiempo de la discreción, puede aceptar la invitación hecha en el bautismo. Si no la acepta, es reprobado por el señor de las bodas y arrojado fuera por encontrársele sin vestidura nupcial. ¿Por qué no la tiene? Por no querer observar lo que prometió en el bautismo, a saber, renunciar al mundo y a todos sus deleites, al demonio y a sí mismo, es decir, a los propios sentidos. Esto debe hacer toda criatura racional en cualquier estado en que se encuentre, porque Dios no tiene en

cuenta los estados sino los santos deseos. Quien no da lo que debe, lo que ha prometido observar y dar, es ladrón que roba y por eso Dios ordena que se le aten las manos y los pies y sea arrojado al exterior, que está en tinieblas. Le son atados los pies del afecto porque no puede desear a Dios. Al que ha muerto en pecado mortal y llegado al estado de condenación, le son atadas las manos de sus obras para que no cojan el fruto de la vida eterna que se da a los luchadores que combaten contra los vicios por amor a la virtud. Recogen, sin embargo, el fruto que merece por sus malas obras, esto es, la comida de la muerte.

Carísimas hermanas: si tan duramente será, en general, castigada toda persona que no paga la deuda contraída, ¿qué diremos de nosotras, míseras e ignorantes esposas, que estamos invitadas a las bodas de la vida eterna y al jardín de una Orden religiosa? Este es un jardín perfumado, lleno de dulces y suaves frutos. En él la esposa, si mantiene lo prometido, se hace ángel en la tierra, en esta vida. Porque como los hombres del mundo, si viven en la caridad común, son los hombres justos, y si estuviesen en pecado mortal serían llamados animales e inmundos, así, quienes se conservan en el estado de la continua continencia y entran en el jardín de la Orden, son llamados ángeles y si no observan lo prometido serán peor que los demonios. Esos no tienen la mencionada vestidura. ¡Qué dura y áspera será la reprensión a tal esposa de Cristo ante el sumo Juez! Le será candada la puerta del eterno esposo. ¡Qué reproche verse privada de Dios y del trato con los ángeles sólo por su culpa! ¡Oh carísimas hermanas! Quien bien lo considere preferirá la muerte antes que ofender a su perfección. Aseguro que no sólo ofende a Dios sino que ofende a su perfección, porque una cosa es estar en pecado mortal y otra ofender a la perfección que ha prometido cumplir, es decir, que, además de guardar los mandamientos de Dios, ha prometido observar los consejos temporal y espiritualmente. Los hombres que se hallan en la caridad común observan los mandamientos y consejos, porque se hallan conexionados y no se pueden

guardar unos sin los otros, pero, en cuanto a los consejos, lo hacen espiritualmente. El que ha prometido llevar una vida perfecta, si, a pesar de todo, no los observa, ofende a su perfección por haber prometido la observancia temporal y espiritual.

¿Qué prometimos, carísimas hermanas? Cuando en la profesión hicimos los tres votos: pobreza voluntaria, obediencia y continencia, prometimos observar los consejos. No haciéndolo, ofendemos a Dios y a la perfección que hemos elegido, en razón de la promesa y votos hechos. Quien no hubiere prometido observarlos, si no los guarda materialmente, no peca, aunque ofende a la perfección que en su interior se proponía alcanzar. Sin embargo, el que ha hecho el voto, ese peca.

¿Por qué no se guarda el voto después de emitido? Por el amor propio, el amor a nosotros mismos. El nos quita la vestidura de bodas y la luz, y nos da oscuridad. Nos priva de la vida, da la muerte y el apetito de las cosas transitorias, vanas y caducas. Nos quita el deseo santo de Dios ¡Qué miserable es este amor propio! Porque nos hace perder el tiempo tan querido por nosotros, apartarnos de la comida de los ángeles para ir a la de los animales, esto es, de la criatura convertida en una bestia por su vida desordenada. Esa comida son los vicios y pecados. La de los ángeles terrestres son las verdaderas y reales virtudes. ¿Cuál es la diferencia entre una y otra? La misma que entre la muerte y la vida, entre la cosa perecedera y la que nunca termina.

Veamos ahora en qué se deleita la verdadera esposa de Cristo crucificado, la que gusta de esta dulce y amorosa comida, y en qué goza la que se ha convertido en una bestia. La verdadera esposa de Cristo se deleita en buscar a su esposo no en el barullo sino en el conocimiento de sí misma, que es donde lo encuentra, a saber, amándolo con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, gozando estar en la mesa de la cruz, queriendo más bien adquirir las virtudes con sufrimientos, por asemejarse a Cristo en el seguimiento de sus huellas. Si fuese posible

servirle sin sufrimiento, no lo querría. Como verdadero caballero, quiere hacerlo con esfuerzo y violencia a sí misma, porque se halla despojada del amor propio y revestida de la afectuosa caridad. Pasa por la puerta estrecha de Cristo crucificado y por eso prometió (y lo intenta) observar pobreza voluntaria, obediencia y continencia. Ha arrojado a tierra la carga y peso de la riqueza del mundo, delicias y prosperidad y, cuando se ve sin ellas, se alegra. Como es humilde, es pronta en la obediencia y no se opone a ella. No quiere que pase el tiempo sin poner ante sus ojos las costumbres de la Orden y la promesa realizada. Su preocupación es la vigilia y la oración. De la celda hace un cielo con una dulce salmodia. No dice el Oficio (divino) sólo con los labios sino en alta voz. Quiere ser la primera en entrar en el coro y la última en salir de él. La reja le es abominable, igual que el locutorio y la familiaridad con sus devotos. No se cuida de hacer celdas con paredes, ni de mucho ornato, sino de poner paredes a la celda de su corazón para que los enemigos no puedan entrar, y la provee del ornato de las virtudes. En la celda material no sólo no pone mucho adorno sino que si hay alguno lo quita por el deseo de ser pobre y por la necesidad de las Hermanas. Por estas razones conserva el alma y el cuerpo en estado de continencia, ya que ha eliminado las cosas que la pudieran perder. Permanece en la caridad fraterna amando a toda criatura racional y llevando y sobrellevando los defectos de su prójimo con verdadera y santa paciencia. Está como el erizo, en verdadera guerra con los propios sentidos. Teme ofender a su esposo. Sólo los que cumplen la voluntad de Dios le están próximos por el afecto de amor. ¡Oh, qué feliz es su alma! Está hecha una cosa con su esposo y no puede querer ni desear sino lo que El quiere. Así, mientras atraviesa dulcemente el mar tempestuoso y exhala perfume de virtud en el jardín de la Orden, a quien preguntase a Cristo crucificado «¿quién es esta alma?». El respondería: «a causa del afecto amoroso, es otro Yo». Tiene la vestidura nupcial, por lo cual no es expulsada de las bodas sino recibida por el

eterno esposo con gozo y alegría. Exhala perfume no sólo ante sí sino ante los malvados hombres del mundo porque, quiera el mundo o no, la tienen en la debida reverencia.

Lo contrario ocurre con los que viven en tanta miseria, fundados en el amor propio de los sentidos. Por estar cegados, su vida apesta ante Dios y las criaturas y, por sus pecados, los seglares pierden la reverencia a la Orden. ¡Ay! ¿Dónde está el voto de pobreza? Porque con la desordenada solicitud, amor y apetencia de las riquezas del mundo buscan poseer lo que les está vedado, junto con una codiciosa avaricia y crueldad con el prójimo. Verán al convento en necesidad, y enfermas a las hermanas, y no se preocuparán, como si tuvieran que educar una cuadrilla de hijos y dejarlos por herederos. ¡Oh miserable! No tienes ese problema, pero quieres que hereden tus sentidos. Quieres cultivar la amistad y el trato con tus devotos, fomentándolo con regalos, pasar el día charlando, con noticias y perdiendo tu tiempo con palabras lascivas y ociosas, y ni te das cuenta, o te la das y haces como que no, por lo cual mancillas tu mente y tu alma. Te dejas llevar del delirio con los ataques y tentaciones de la carne, consintiendo con pervertida y deliberada voluntad. ¡Oh miserable! ¿Debe obrar así la esposa de Cristo? ¡Oh vituperada de Dios y del mundo! Cuando recitas el Oficio tu corazón camina a complacerse en deleites sensitivos o en las criaturas que amas con amor sensual. ¡Oh carísimas hermanas! Esa trabaja al servicio del demonio y se halla todo el día pegada a la reja y al locutorio con pretexto de devoción. ¡Maldita palabra (devoción) que reina hoy en la santa Iglesia de Dios y en las Ordenes, llamando devotos y devotas a aquellos y a aquellas que hacen obras de demonios! ¡Ay, ay; adónde va a parar el jardín en el que está sembrada la pestilente inmundicia! El cuerpo, que debe ser mortificado con el ayuno y la vigilia, con la penitencia y gran oración, se encuentra en comodidades y adornado, con lavados del cuerpo, alimentos desordenados; en la cama, no como esposa de Cristo sino

como sierva del demonio y pública meretriz. Con el he-
dor de su deshonestidad y no quiere ley ni priora. Se obe-
dece a sí misma y a sí misma se da gusto con toda solici-
tud. Desea que sufra y muera quien quisiera sacarla del
pecado mortal. Tan grande es su miseria que corre a todo
lo malo como alocada, sin el freno de la razón. Aguza su
entendimiento para dar satisfacción a sus deseos desorde-
nados; el demonio no encuentra tantas estratagemas
como estas *demonias* de carne. No les preocupa hacer
nuevas hechicerías a los hombres para inclinarlos al amor
desordenado hacia ellas, a la vez que se ha visto muchas
veces que, dentro del lugar que de por sí es lugar de Dios
(el templo), ha hecho un establo, cometiendo en realidad
el pecado mortal. Esa se ha convertido en adúltera y muy
miseramente se ha rebelado contra su esposo. Por eso cae
de la altura del cielo a lo profundo del infierno. Huye de
la celda como de un enemigo mortal. Quebranta la obli-
gación del Oficio. No se deleita comiendo en el refectorio
reunida con las pobres, sino que, para vivir más a gusto,
toma en privado los más delicados manjares. Se ha hecho
cruel consigo misma y por eso no tiene piedad de las de-
más. ¿De dónde nacen tantos males? Del amor propio
sensitivo que ha oscurecido a la razón, por lo que ni ve ni
deja ver el mal, ni hasta dónde ha caído, ni lo que la espe-
ra si no se enmienda. Porque si considerara que el pecado
la hace sierva y esclava de eso que es la nada (el pecado) y
la lleva a la condenación, preferiría la muerte a ofender a
su Creador y a su alma. Pero, por causa del amor propio,
quebranta y no observa el voto, pues por el amor a sí
misma posee y desea riquezas y honores del mundo, lo
cual es miseria y bochorno para la Orden. ¿Sabéis qué si-
gue a la posesión de las riquezas contraviniendo el voto
de pobreza y las costumbres de la Orden? Deshonestidad
y desobediencia. ¿Por qué deshonestidad? Por el trato que
sigue a su posesión, porque, si no tuvieran qué dar, no
tendrían amistad sino con los servidores de Dios que no
aman por propio provecho sino sólo por Cristo crucifica-
do. No teniendo qué dar a los servidores del mundo, que

sólo atienden a su utilidad, o sea, por lo que reciben o por el desordenado deleite y placer, si ella no tiene y no quiere agradar sino a Dios, no irían a verlas. Por lo cual, ipso facto que su mente está corrompida y ensoberbecida, inmediatamente se hace desobediente y a nadie quiere creer sino a sí misma. Así va siempre de mal en peor, a la vez que de templo de Dios se convierte en templo del demonio. Por eso es expulsada de las bodas de la vida eterna, por estar despojada de la vestidura de la caridad.

Por tanto, hermanas carísimas, puesto que es tan peligroso no pagar la deuda de la observancia del voto prometido, pongamos interés en guardarlo. Miremos a nuestra desnudez y qué cosa más miserable es eso, a fin de que lo odiamos. Consideremos la vestidura nupcial, lo útil que nos es, lo grata que es a Dios, a fin de revestirnos de ella. No viendo yo otro medio, dije que deseaba veros fundadas en la verdadera y perfecta caridad. Por amor a Cristo crucificado, os ruego que actueis así. Despertaos del sueño y, a partir de hoy, pongamos término y fin a la miseria y a nuestra imperfección, porque no nos queda tiempo. Se ha llamado a condenación, está dada la sentencia de que tenemos que morir sin saber cuándo; está ya puesta el hacha a la raíz de nuestro árbol. Por tanto, no hay que esperar a un tiempo que no estamos seguros que hemos de tener, sino anegar nuestra voluntad y morir anhelando la virtud en el tiempo presente. A vos digo, Priora, que deis ejemplo de santa y honesta vida para que de veras deis enseñanza a vuestras hijas y súbditas y castiguo cuando sea necesario. Prohibid la familiaridad con seglares y el trato con los devotos, candando las rejas y el locutorio, a no ser por necesidad y comodidad regulada. Invitadlas a que vacíen las celdas y así no tengan qué dar; también de los adornos de cortinas y colchones de pluma, superfluos y lujosos vestidos, si los tienen, que me temo que los haya. Carísima madre: sed la primera para que por vuestro ejemplo se dispongan las otras. Muerda y ladre el perro de vuestra conciencia pensando que de esto tendréis que dar cuentas a Dios. No cerréis los ojos para

no ver, porque Dios os ve. No quedaréis excusada porque necesitáis doce ojos para las súbditas. Estoy segura de que si estáis revestida de la sobredicha vestidura, lo haréis. Yo ruego por ello y me obligo a pedir siempre a Dios por vos y a ayudaros a llevar la carga con el afecto de la caridad que Dios me ha de dar. Haced que yo tenga buenas noticias. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

ORACION POR LA REFORMA DE LA IGLESIA

A Nigi de Doccio Arzochi

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros seguir las huellas de Cristo crucificado ya que por otro camino no podemos creer que se nos dé la vida. ¿Cuál es el camino? Este: es-carnios, oprobios, injurias, villanías, sufrir con verdadera y perfecta paciencia hasta la muerte y no volver la mirada atrás por injuria o murmuración alguna que el mundo nos quisiere proporcionar. Por ello no debemos aflojar el paso sino con verdadera paciencia de devolver el bien por el mal que nos hacen. Este es el camino que nos enseña y ha trazado el dulce y enamorado Cordero. Así dijo que era Camino, Verdad y Vida. Ciertamente da vida a quienes van por El, porque en la vida presente nos enseña una doctrina que nos hace gustar las arras de la vida eterna cuando participamos de su gracia. Este dulce Maestro ha subido a la cátedra de la cruz para darnos una enseñanza basada en la verdad.

Nosotros, escolares, debemos estar abajo aprendiéndola, o sea, en la bajeza de la verdadera humildad, porque con soberbia no se podría aprender. Esta infla al entendimiento del hombre y le quita la capacidad de conocer a Dios. El humilde no es así; más bien tiene purificado el ojo del entendimiento y de él ha sacado la tierra del amor propio y la blandura sensitiva. Está fundado en un verdadero conocimiento de sí. Por él ve mejor, y conoce más, ama más, y cuanto más ama tanto adquiere más perfecta humildad y paciencia. Veis, pues, carísimo hijo, que es necesario que nos sentemos abajo, como verdaderos discípulos y así aprenderemos la doctrina y correremos, muertos a toda voluntad propia, por el camino de la dulce verdad, deleitándonos en la cruz con angustiado y anhelante deseo, buscando el honor de Dios y la salvación de las almas.

Ahora es el tiempo, carísimo hijo, de levantarnos del sueño de la negligencia y de la ingratitud y de ser agradecidos con solicitud, sirviendo y amando a nuestro prójimo.

¿Qué tiempo hubo, carísimo hijo, en que Dios nos pidiese tanto el deseo de que le honráramos como ahora? En todo momento nos lo pide porque sin caridad con el prójimo no podemos tener la vida eterna, y cuando más se necesita más se pide. Por lo cual, como ahora vemos tal necesidad que acaso nunca la hayan experimentado los cristianos, no debemos dejar nunca de ofrecer lágrimas y humildes oraciones. Así seremos reconocidos por verdaderos siervos de Dios, (mostraremos) que no tenemos el camino de la verdad y que sabemos bien su doctrina. ¡Ay! No es tiempo de buscarnos a nosotros mismos sino a Cristo crucificado y de no dar por terminado nuestro plan acerca de las desgraciadas almas que se ven en manos de los demonios hasta que Dios vuelva el ojo de su misericordia y aplaque la ira que tiene contra nosotros, miserables. ¡Ay! Que el mundo perece por tantas miserias como se cometen y por falta de reverencia y por la persecución a la santa Iglesia. Yo, miserable, causa de todo

mal, os ruego por amor a Cristo crucificado, que vos y los otros hijos pidais al dulce e inmaculado Cordero con llanto, suspiros y santas y humildes oraciones que se digne concedernos misericordia y darnos la reforma de su esposa; que viva en paz, quietud y unión, como deben hacer los verdaderos hijos con su padre, de modo que no sigamos más como miembros del demonio. ¡Ay! Que el corazón se quiebra por amor a Cristo crucificado, y no puede quebrar. Ahora, pues, que es el momento, dad la honra a Dios y el sufrimiento al prójimo y así me certificaré de si sois o no verdaderos hijos. Os aseguro que, si no lo hacemos, se nos pedirán cuentas con gran reproche de la primera Verdad.

Dios quiere que con ahínco le pidamos y así lo dijo a un siervo suyo: «Por medio de las muchas oraciones, angustias y amorosos deseos de mis servidores haré misericordia al mundo». No seais, pues, avaros sino liberales en la generosidad de la caridad, de la que reciben vida todas las virtudes. Sin ella ninguna obra nos da fruto de gracia. De esta manera lo dareis bueno y perfecto y será suprimida de vos toda ignorancia, negligencia e ingratitud; sentado en tierra humilde, como queda dicho; y seguireis las huellas de Cristo crucificado. No digo más.

Encomendadme a todos los hijos e hijas. Decidles que es tiempo de llanto, de oración y de suspiros por la dulce esposa de Cristo y por todo el pueblo cristiano que se ve en tanta aflicción por nuestros pecados. Saludad en Cristo, el dulce Jesús, a Tomás de Corradino y decidle que tenga a Dios siempre ante sus ojos, para que lo que hace lo ejecute siempre con santo temor a Dios, sufriendo con verdadera paciencia lo que Dios permite, y que desprecie los consuelos del mundo y abrace las persecuciones con santo y verdadero deseo, hasta la muerte. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LA PERFECCION RELIGIOSA

*A la Priora y HH. de Santa María
delle Vergini.*

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimas madres e hijas en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros esposas unidas y ligadas por el vínculo de la verdadera y ardentísima caridad, vínculo que tiene sujeto y clavado a Dios-hombre al madero de la cruz. Es el lazo que unió a Dios con el hombre y al hombre con Dios, que une al alma con su Creador y la hace amar a las verdaderas y reales virtudes. ¿Qué vínculo es este? Es un amor que ata, corta y separa. Porque lo mismo que une y ata, así la separa y aparta del pecado y del amor propio sensitivo, de donde procede la división y todo mal; el (vínculo) quita el agua muerta y da el agua viva de la gracia. Nos separa de las tinieblas y da la luz que permite ver y gustar la verdad. ¡Oh dulcísimo fuego de amor que llena al alma de toda dulzura y suavidad! Ningún sufrimiento o amargura puede venir al espíritu que arde con tan dulce y glorioso fuego. La caridad no juzga mal; no enjuicia la voluntad del hombre, sino que interpreta la voluntad de Dios al ver y reconocer que El no quiere otra cosa que nuestra santificación. Como El no quiere sino nuestro bien, y como todo procede de El: tribulación, tentación, toda molestia, sufrimiento y tormento, y todo lo permite Dios para nuestro bien, de ahí que el alma no pueda sufrir sino sólo por el pecado, que es la nada. Por no estar en Dios, el pecado no es digno de ser amado sino odiado, y antes prefiere la muerte a ofender a su Creador.

¡Oh dulzura de amor! ¿Cómo puede contenerse el corazón de tu esposa sin amarte, pensando que eres esposa de vida? Tú, Dios eterno, nos has creado a tu imagen y

semejanza sólo por amor y, nos diste al Verbo, tu unigénito Hijo, que nos entrega la vida y ha castigado nuestras maldades en su cuerpo por una deuda que El nunca contrajo. ¡Ay, ay, miserables de nosotros! Nosotros somos los ladrones y El es colgado. Avergüencense, avergüencense la ignorante, endurecida y ciega esposa si no ama viéndose tan amada por Dios y que este dulce y suave lazo es causa de tanto deleite.

La señal del amor es esta: que se ama a Dios con la razón y que se siguen los pasos del Verbo, de su unigénito Hijo. Si no ama, sigue al demonio y a sus propios sentidos y asimila las costumbres del siglo, tan contrarias a Dios. Por lo cual gusta de la muerte y, sin darse cuenta, yace en la oscuridad, pues está privada de la luz. Por carecer del vínculo de la caridad se halla en sufrimiento y continua discordia con el prójimo, y en constante división. Está en manos de los demonios, no como esposa de Cristo, sino como adúltera que ha abandonado al eterno esposo. Se llama adúltera a la que se aparta del amor al esposo y ama y se une con el que no debe. Es, por tanto, algo muy peligroso (no amar). La que se ve amada y no ama, es mercenaria.

Amaos, amaos, pues, mutuamente porque en ello se conocerá si sois esposas e hijas de Cristo o no. No se conoce otra manera de verlo sino por el amor que tiene a su prójimo, basado en el amor a Dios. Por este medio hemos de llegar a nuestra meta, siguiendo los pasos de Cristo crucificado. No por medio del Padre sino del Hijo, porque el Padre no sufrió y sí el Hijo.

Tenemos, pues, que seguir el camino de la cruz, sufriendo oprobios, escarnios, villanías, despreciando al mundo con todos sus atractivos y prosperidades, padeciendo hambre, sed, pobreza voluntaria, con obediencia firme y perseverante, pureza espiritual y corporal, con el trato con las personas que de veras temen a Dios, con el cuidado de la celda, huyendo del locutorio y del trato con los devotos y seglares como del veneno, porque esto no es propio de la esposa de Cristo, evitando el trato con los

Hermanos encapuchados (los Fratricelli) y teniéndolo con los verdaderos siervos de Dios. No es decoroso que en la cabeza coronada de espinas haya miembros delicados, como hacen las necias que se alejan de la cabeza, de Cristo, y no procuran sino delicias y delicadezas corporales. Nosotras estamos especialmente apartadas del siglo y colocadas en el jardín de la Orden, esposas consagradas a El, debemos ser flores fragantes.

Si observarais lo que prometísteis exhalaríais un gran perfume, participarías de la bondad de Dios viviendo en gracia y gustarías de su eterna visión. Si no lo hiciéreis, despedireis hedor de gran vituperio y en esta vida gustareis el infierno y, finalmente, la visión de los demonios. Salisteis del siglo para seguir a Cristo, renunciásteis a la voluntad propia, prometiendo obediencia, y abandonásteis la vida cristiana corriente, es decir, no querer ser esposas del mundo por conservar la verdadera continencia y virginidad que es un perfume en que Dios y los ángeles se deleitan; a ellos les place habitar en el espíritu que tiene fragancia de pureza. Estais reunidas no para estar divididas, con odio, rencor, descontento de unas con otras, sino unidas y ligadas por el vínculo de la caridad, porque de otro modo no podeis agradar a Dios ni poseer virtud alguna que sea perfecta. ¡Cuánta turbación y vergüenza hay y habrá en el espíritu y en el alma que ha prometido y no cumple, sino que hace todo lo contrario! Esa no sigue a Cristo ni va por el camino de la cruz sino que prefiere el de los deleites. No es este el modo, sino seguir a Cristo humilde, al Cordero inmaculado, al Cordero pobre. Tal fue su pobreza que no tenía dónde reclinar su purísima cabeza. En El no existía el veneno del pecado y fue obediente al Padre por nuestra salvación hasta la afrentosa muerte de cruz. Por eso los santos, y nuestro glorioso Padre santo Domingo, han cimentado las Ordenes sobre estos tres pilares, a saber, pobreza, obediencia y continencia, sólo para poder parecerse mejor a Cristo y seguir su doctrina y consejos. Porque de estas tres virtudes proceden las demás y de lo contrario nacen los vicios

todos. Con la pobreza se abandona la soberbia, trato con el mundo y las amistades pervertidas que no se adquieren sino con regalos, porque si no hay qué dar, no se encuentran amistades, a no ser con los servidores de Dios que aman el regalo de vuestra alma. Privaos de la vanidad del corazón y de la ligereza de espíritu e id a habitar en la celda, donde se gusta la madre, la oración, que conserva y acrecienta la virtud. Encaminaos a la perfecta pureza y observad el voto de continencia. Quien se abstiene de un pecado se abstiene de todos, conculcando los propios sentidos, macerando y frenando al cuerpo en los deleites sensitivos. Digo macerando con el ayuno, la vigilia y la oración. Así se hace uno humilde, paciente y caritativo, se llevan y sobrellevan los defectos del prójimo y se une por amor con su Creador y con el prójimo por Dios; se soporta todo sufrimiento e incomodidad corporal para que pueda ganar su alma. Después de haberse apartado de la soberbia, tan dulcemente gusta el perfume de la humildad, y es tan obediente como humilde y tan humilde como obediente. De este modo el tercer pilar soporta la ciudad de su alma, porque el verdadero obediente guarda las leyes y costumbres de la Orden, no alza la cabeza de la propia voluntad contra el prelado, ni analiza sus palabras sino que obedece a la primera, e inmediatamente inclina la cabeza al yugo y no dice: «¿Por qué me manda y me dice a mí esto, y no a aquel?», sino que piensa en el modo de que su obediencia sea más pronta. ¡Oh dulce obediencia, que nunca tienes sufrimientos! Haces vivir y correr al hombre como muerto, porque matas la propia voluntad. Cuanto más muerto más velozmente corre, porque la mente y el espíritu están muertas al amor propio de una pervertida voluntad sensitiva. Su carrera es más fácil y se une al esposo eterno por afecto de amor. A tanto llega la elevación y dulzura espiritual que, siendo mortal, comienza a gustar el olor y el fruto de los inmortales (bienaventurados).

Sed, pues, obedientes hasta la muerte. Amaos, amaos mutuamente. Uníos con el vínculo de la caridad, pues de

otro modo no podreis alcanzar el fin para el que fuimos creados. Por eso dije que deseaba veros esposas unidas y ligadas por el vínculo de la verdadera y ardentísima caridad. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

INDICE

INTRODUCCION	5
Utilidad de las tentaciones	11
Utilidad de los sufrimientos	15
Al pecado hay que aborrecerlo por su gravedad	17
Apartarse de las ocasiones de pecado	20
Utilidad de sufrir contradicciones	23
Exhortación al amor a Dios	25
Consejos espirituales a un seglar	27
Exhortación a sufrir pensando en Cristo	31
1Sobre el amor divino y la perfección cristiana	34
Sobre la contrición previa a la comunión	38
Sobre los pecados del mundo	44
Confianza en la misericordia divina	47
El Crucificado, libro de perfección	50
La penitencia solamente es un instrumento para conseguir la perfección	57
La unión con Dios por medio de la caridad	63
Sobre los escrúpulos	66
Sobre el amor a Dios y al prójimo	72
Sobre la virtud de la perseverancia	75
Tener hambre de almas a semejanza de Cristo	79
Aceptación de la voluntad de Dios en los sufrimientos ..	83
1Cómo sacar beneficios de los sufrimientos	86
Consejos para la vida religiosa	87
Injertarse en Cristo crucificado	93
Consejos de vida espiritual a las religiosas	95
Confianza en Dios durante los sufrimientos	100
Instrucción espiritual sobre la vida religiosa	102
Para llegar al conocimiento de sí y de Dios	106
Conformidad con la voluntad de Dios	110
Hay que tolerar los defectos de los demás	116
La perseverancia y la confianza en Dios	124
Del amor a Dios nace el amor al prójimo	127
Modo de llegar a la perfección	129

Relación entre el amor a Dios y el amor al prójimo	132
Consejos para el gobierno de la Orden	134
La meditación sobre la sangre de Cristo	138
La vida religiosa y los tres votos	141
Fe y confianza en Dios	145
Cómo se consigue la unión con Dios	147
Sobre la virtud de la obediencia	152
La meditación de la sangre de Cristo, medio de santificación	154
Importancia de las tribulaciones	157
Perseverancia en la obediencia	159
Entrega total a Dios	163
Encomienda muy encarecidamente la obediencia	167
Recomienda la entrega total a Dios	174
Guardar las observancias del monasterio	177
Reverenciar y empaparse de la sangre de Cristo	181
Les alienta en la vocación	185
Exhortación a perfeccionarse en el amor de Dios	188
Exhortación al amor de Dios	193
Exhortación al sufrimiento por amor de Dios	196
Exhortación a conocerse a sí mismo	197
Paciencia y confianza en Dios	200
Despojarse del mundo y confiar en Dios	202
Exhortación a seguir la vocación religiosa	205
Sobre la vocación religiosa	208
No oponerse a la vocación religiosa	214
La perfección del amor a Dios	216
Consejos sobre la vida religiosa	218
Cómo seguir a Jesucristo	225
La lucha contra las tentaciones	229
Oraciones por la reforma de la Iglesia	234
Sobre la perseverancia	239
Exhortación a la gratitud, a la obediencia y a la oración	243
Las penitencias corporales son un medio para adquirir la perfección	248
Oraciones por la cristiandad	256
Sobre la reforma de un monasterio	259
Oración por la reforma de la Iglesia	266
Sobre la perfección religiosa	269